

Dennis Lehane

ABRÁZAME, OSCURIDAD

Traducción de Ramón de España



Título original: *Darkness, Take my Hand*

© Dennis Lehane, 1996
© de la traducción, Ramón de España, 2010
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2010
Pérez Galdós, 36 - 08012 Barcelona
rba-libros@rba.es / www.rbalibros.com

Primera edición: septiembre de 2010

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio
sin permiso del editor.

Ref.: OAFI442
ISBN: 978-84-9867-832-1
Composición: Víctor Igual, S.L.
DEPÓSITO LEGAL: B. 2010
Impreso por

*Esta novela está dedicada a Mal Ellenburg y Sterling Watson
por el millar de estupendas discusiones sobre la naturaleza de
la astucia y la naturaleza de la bestia.*



«Deberíamos estar agradecidos por no ver los horrores y la degradación que acompañan a nuestra infancia, en alacenas y estanterías, en todas partes.»

GRAHAM GREENE, *El poder y la gloria*





De pequeño, mi padre me llevó a la azotea de un edificio que acababa de arder.

Me estaba enseñando el cuartel de bomberos cuando se produjo la llamada, lo que me llevó a sentarme a su lado en el asiento delantero del camión, excitado por la manera en que el vehículo giraba en las esquinas, doblándose por su parte trasera, mientras las sirenas aullaban y el humo, azul y negro, se alzaba por delante de nosotros.

Una hora después de dominar las llamas, cuando sus colegas ya me habían alborotado el pelo una docena de veces y se me había permitido atiborrarme de frankfurts mientras, sentado en la acera, les veía trabajar, apareció mi padre, me cogió de la mano y me condujo a la salida de incendios.

Mientras ascendíamos por la escalera, aceitosas espirales de humo se nos enredaban en el cabello y acariciaban los ladrillos, y a través de las ventanas rotas veía suelos calcinados y echados a perder. De los agujeros del techo caía agua sucia.

Ese edificio me daba pavor, y mi padre casi tuvo que sacarme a empujones a la azotea.

—Patrick —suspiró mientras caminábamos por el suelo recubierto de cartón alquitranado—. No pasa nada. ¿No lo ves?

Me asomé y vi esa ciudad de acero azul y amarillo que se extendía más allá del barrio. Podía oler el calor y el destrozo de allí abajo.

—¿No lo ves? —repitió mi padre—. Aquí estamos a salvo. Hemos



detenido el fuego en los pisos bajos. Aquí no nos puede alcanzar. Si cortas el fuego de raíz, no puede subir.

Me pasó la mano por el pelo y me besó en la mejilla.

Y yo me eché a temblar.

PRÓLOGO

Nochebuena, 18:15

Hace tres días, en el transcurso de la primera noche oficial del invierno, un tío con el que crecí, Eddie Brewer, fue una de las cuatro personas a las que tirotearon en un colmado. El motivo no fue el robo. El autor de los disparos, James Fahey, se había separado recientemente de su novia, Laura Stiles, que trabajaba de cajera en el establecimiento, en el turno de cuatro a doce. A las once y cuarto, mientras Eddie Brewer llenaba de hielo y Sprite un vaso de poliuretano, James Fahey atravesó el umbral y disparó a Laura Stiles: una vez en la cara y dos en el corazón.

Luego le disparó a Eddie Brewer en la cabeza y se encaminó al pasillo de los alimentos congelados, donde se topó, concretamente en la sección de lácteos, con una pareja de ancianos vietnamitas. Cada uno de ellos se llevó dos balazos. Acto seguido, James Fahey decidió que ya había cumplido con su deber.

Se dirigió hacia su coche, se sentó al volante y enganchó con cinta adhesiva en el retrovisor la orden de alejamiento que Laura Stiles y su familia habían logrado que se dictara contra él. Luego se envolvió la cabeza con uno de los sujetadores de Laura, echó un trago de Jack Daniel's y se disparó un tiro en la boca.

James Fahey y Laura Stiles murieron en el acto. El anciano vietnamita falleció de camino al hospital Carney, y su mujer le siguió unas horas después. Pero Eddie Brewer quedó en coma y, aunque los

médicos dicen que su pronóstico no es muy halagüeño, también reconocen que el hecho de que continúe existiendo es prácticamente un milagro.

En la prensa se ha concedido mucha importancia a esas palabras porque Eddie Brewer, aunque cuando éramos pequeños a mí nunca me pareció un santo, es sacerdote. La noche en que le dispararon había salido a correr e iba en chándal, así que Fahey no pudo ser consciente de que se trataba de un religioso, aunque dudo mucho que eso le hubiera importado gran cosa. Pero la prensa, mezclando la nostalgia religiosa tan propia de estos días del año con un elemento nuevo en un incidente viejo, le ha sacado todo el jugo posible a la cuestión del sacerdocio.

Comentaristas televisivos y columnistas de prensa han querido ver en un tiroteo banal las señales del Apocalipsis. Se han organizado vigiliias de veinticuatro horas en la parroquia de Eddie en Lower Mills y a la entrada del hospital Carney. Eddie Brewer, un clérigo anónimo y una persona de lo más vulgar, está a punto de convertirse en mártir, tanto si sobrevive como si no.

Nada de eso guarda la más mínima relación con la pesadilla que se abatió sobre mi vida y la de otras personas de esta ciudad hace dos meses, una pesadilla que me dejó unas heridas que, según los médicos, se han curado todo lo bien que cabía esperar, aunque mi mano derecha aún tiene que recuperar la mayor parte de su sensibilidad y las cicatrices del rostro me arden a veces bajo la barba que me he dejado crecer. No, ni el cura al que dispararon, ni el asesino en serie que se coló en mi vida, ni la última «limpieza étnica» perpetrada en una antigua república soviética, ni el hombre que voló una clínica abortiva no muy lejos de aquí, ni el otro asesino en serie que se ha cargado ya a diez personas en Utah y aún no ha sido atrapado... nada de esto está relacionado con ello.

Pero a veces *parece* que sí lo está, que en alguna parte hay un hilo que une todos esos acontecimientos, todos esos actos violentos arbitrarios y sin explicación, y que si pudiéramos localizar el origen de

ese hilo y tirar de él tal vez podríamos sacarlo todo a la luz y verle la lógica.

Me dejé crecer la barba el día de Acción de Gracias. Es la primera barba de mi vida, y mientras me la peino cada mañana en el espejo, no deja de sorprenderme, como si pasara las noches soñando con un rostro suave y sin cicatrices, con una carne tan suave como la de un bebé, con una piel a la que sólo rozan el aire limpio y las caricias de una madre.

La oficina —Kenzie/Gennaro, Investigaciones— está cerrada, supongo que acumulando polvo. Puede que haya una telaraña en una esquina de mi escritorio. Y otra en el de Angie. Angie lleva ausente desde finales de noviembre y yo trato de no pensar en ella. O en Grace Cole. O en la hija de Grace, Mae. O en nada en particular.

Al otro lado de la calle, la misa ha terminado, y como hace un tiempo inusualmente cálido para la estación —algo menos de diez grados, aunque ya hace hora y media que se ha puesto el sol—, la mayoría de los feligreses deambula por el exterior: sus voces suenan con claridad en el aire nocturno mientras se desean mutuamente buena suerte y felices vacaciones. Comentan lo raro que está el clima, lo errático que ha sido durante todo el año, lo frío que fue el verano y que el otoño fue caluroso un día y gélido y desagradable el siguiente, y que nadie debería sorprenderse si la mañana de Navidad traía el viento de Santa Ana y ofrecía una temperatura superior a los veinte grados.

Alguien menciona a Eddie Brewer, y todos comentan el caso unos momentos, pero muy brevemente, y a mí me da la impresión de que no quieren estropear su ánimo festivo. Pero hay que ver, dicen, en qué mundo tan enfermo y loco vivimos. Loco, dicen, ésa es la palabra adecuada para describirlo, loco, loco, loco.

Últimamente, paso la mayor parte del tiempo aquí sentado. Desde el porche puedo ver a la gente y, aunque a menudo hace fresco, sus voces me mantienen en mi sitio mientras la mano mala se agarrota de frío y me castañetean los dientes.

Por las mañanas, me traigo el café aquí fuera, me siento a que me dé el aire y miro a través de la avenida hacia el patio de la escuela, contemplando a los críos de corbata azul y pantalones a juego y a las niñas de faldita a cuadros y pasador en la cabeza. Corren de un extremo a otro del patio. Sus chillidos repentinos, sus movimientos inesperados y su inagotable provisión de energía frenética pueden resultar agotadores o vigorizantes, depende del humor en que me encuentre. Cuando tengo un mal día, esos chillidos me recorren la espina dorsal como si fueran cristales rotos. Cuando tengo un buen día, por el contrario, siento la intuición de algo que puede ser un recuerdo de lo que significaba sentirse en estado de plenitud, cuando un acto tan sencillo como respirar no dolía.

El tema, escribió él, es el dolor. Cuánto acumulo, cuánto esquivo.

Llegó durante el otoño más cálido y errático del que se tenía memoria, cuando el tiempo parecía haberse alejado por completo de su ritmo habitual, cuando parecía que todo estaba patas arriba y que pudieras ver estrellas y constelaciones en el fondo de un agujero del suelo y levantar la cabeza hacia el cielo y ver la tierra y los árboles suspendidos en el aire. Como si él hubiera agarrado con los dedos el globo terráqueo, lo hubiese agitado y el mundo —o, por lo menos, mi parte de él— se hubiera dado la vuelta.

A veces aparecen Bubba, Richie, Devin u Oscar, se sientan conmigo y charlamos de deportes o de las últimas películas estrenadas. No hablamos del pasado otoño ni de Grace o Mae. No hablamos de Angie. Y nunca hablamos de él. El daño ya está hecho y no hay nada que añadir.

El tema, escribió él, es el dolor.

Esas palabras —escritas en una hoja de papel para fotocopias de veinte centímetros por treinta— me obsesionan. A veces, esas palabras tan simples parecen haber sido grabadas en piedra.

Angie y yo estábamos en nuestro despacho del campanario, intentando arreglar el aire acondicionado, cuando llamó Eric Gault.

Por regla general, en Nueva Inglaterra, a mediados de octubre, el aire acondicionado no debería ser un problema. Que se estropeará la calefacción sí lo sería. Pero resulta que no estábamos en un otoño normal. A las dos de la tarde, la temperatura superaba los veinticinco grados y los cristales de las ventanas aún reflejaban la humedad veraniega.

—Tal vez deberíamos llamar a alguien —dijo Angie.

Le di un golpecito al aparato de al lado de la ventana y lo volví a encender. Nada.

—Tiene que ser la correa —afirmé.

—Eso es lo mismo que dices cuando se estropea el coche.

—Hum... —miré fijamente el trasto durante veinte segundos, pero no se dio por aludido y siguió en silencio.

—Insúltale —propuso Angie—. Igual funciona.

Clavé en ella mi severa mirada y obtuve una reacción similar a la del aparato de aire acondicionado. Puede que necesite mejorar las miradas severas.

Sonó el teléfono y descolgué confiando en que quien llamara supiese algo de mecánica, pero me tuve que conformar con Eric Gault.

Eric daba clases de criminología en la Universidad de Bryce. Nos conocimos cuando él todavía era profesor en la Universidad de Massachusetts y yo me apunté a un par de clases suyas.

—¿Sabes arreglar aparatos de aire acondicionado? —le pregunté.
—¿Has probado a desenchufarlo y volverlo a enchufar? —contestó.

—Sí.

—¿Y no ha pasado nada?

—No.

—Dale un par de golpes.

—Ya lo he hecho.

—Pues llama a un técnico.

—Eres de gran ayuda, ¿sabes?

—¿Todavía tienes el despacho en el campanario, Patrick?

—Sí. ¿Por qué?

—Pues porque tengo para ti una posible clienta.

—Estupendo. Tráela.

—¿Al campanario?

—Claro.

—Le dije que me gustaría que te contratara.

Eché un vistazo a la diminuta oficina.

—Un poco más de entusiasmo, Eric.

—¿Puedes pasarte por Lewis Wharf, a eso de las nueve de la mañana?

—Supongo que sí. ¿Cómo se llama tu amiga?

—Diandra Warren.

—¿Y qué le pasa?

—Preferiría que fuera ella quien te lo explicara directamente.

—Vale.

—Nos vemos mañana.

—Hasta entonces.

Me dispuse a colgar.

—Patrick...

—¿Sí?

—¿Tienes una hermana pequeña llamada Moira?

—No. Lo que tengo es una hermana mayor que se llama Erin.

—Oh.

—¿Por qué?

—Por nada. Mañana hablamos.

—Pues hasta entonces.

Colgué, contemplé el aparato de aire acondicionado, luego a Angie, volví a mirar el chisme y acabé llamando a un técnico.

Diandra Warren vivía en un quinto piso de Lewis Wharf, en un loft.

Disfrutaba de una vista panorámica del puerto, gracias a unos enormes ventanales que bañaban el extremo oriental del loft con una suave luz matutina, y parecía la clase de mujer que nunca ha echado nada de menos en esta vida.

El cabello, de color melocotón, le caía sobre la frente en una graciosa curva y adoptaba el peinado de paje a los lados. La camisa de seda oscura y los tejanos claros que llevaba parecían nuevos, y los huesos del rostro daban la impresión de haber sido cincelados bajo una piel tan dorada y sin mácula que a mí me recordaba el agua de un cáliz.

Abrió la puerta y dijo:

—Señor Kenzie, señorita Gennaro... —Su voz era un suspiro suave y comprensivo, uno de esos suspiros en los que uno, si lo necesita, puede apoyarse—. Pasen, por favor.

El loft estaba elegantemente amueblado. El sofá y los sillones de la sala de estar eran de color crema y hacían juego con la madera clara escandinava del mobiliario de la cocina y los discretos tonos rojos y marrones de las alfombras, persas e indias americanas, colocadas estratégicamente sobre el parqué. La tonalidad del mobiliario le confería al lugar un aire de calidez, pero su funcionalidad casi espartana sugería que la propietaria no era una persona dada a gestos espontáneos o arrebatos sentimentales.

Junto a los ventanales con vistas a la bahía, la pared de ladrillo visto estaba ocupada por una cama de metal, una cómoda de madera de castaño, tres archivadores y un escritorio modelo gobernador Winthrop. No vi por ningún lado ni armarios ni ropa colgada. Pue-

de que cada día se materializara allí todo un vestuario nuevo que la estuviera esperando, convenientemente planchado, cuando ella saliera de la ducha.

Nos llevó hasta la zona ocupada por la sala de estar, y nos sentamos en los sillones mientras ella se instalaba en el sofá con aire dubitativo. Entre nosotros había una mesita de centro de cristal ahumado con un sobre de papel manila en el centro y un pesado cenicero junto a un encendedor antiguo a la izquierda.

Diandra Warren nos sonrió.

Le devolvimos la sonrisa. En este negocio hay que ser rápido a la hora de improvisar.

Abrió los ojos un poco más y la sonrisa se quedó en su sitio. Puede que estuviera esperando que nos pusiéramos a cantar nuestras propias alabanzas, o que le enseñáramos las pistolas y le informáramos del número de desgraciados a los que nos habíamos cargado desde la salida del sol.

A Angie se le fue borrando la sonrisa de la cara, pero yo conseguí conservar la mía durante unos segundos más. Eso es lo que hace el detective optimista y positivo para que sus potenciales clientes se sientan cómodos. Patrick *Simpático* Kenzie, a su servicio.

—No sé muy bien por dónde empezar —dijo Diandra Warren.

—Eric dijo que tal vez pudiéramos ayudarla —comentó Angie.

Diandra asintió y sus pupilas de avellana parecieron fragmentarse por un momento, como si se hubiera soltado algo por ahí en medio. Frunció los labios, se miró las finas manos y, mientras empezaba a levantar la cabeza, se abrió la puerta del apartamento y apareció Eric. Llevaba el cabello canoso recogido en una coleta, aunque le clareaba por arriba, pero parecía tener diez años menos de los cuarenta y seis o cuarenta y siete que yo sabía que tenía. Llevaba pantalones de loneta, camisa de tela vaquera y una chaqueta deportiva acharolada a la que le faltaba el último botón. La chaqueta le quedaba un poco rara, como si el sastre no hubiera tenido en cuenta que el hombre podía llevar una pistola en la cadera.

—Hola, Eric —dije extendiendo la mano.

Me la estreché.

—Me alegra que hayas podido venir, Patrick.

—Hola, Eric —saludó Angie con la mano tendida.

Mientras Eric se inclinaba para estrechársela, se dio cuenta de que había dejado el arma a la vista. Cerró los ojos un instante y se ruborizó.

—Me sentiría mejor si dejaras esa pistola encima de la mesa hasta que nos vayamos, Eric —dijo Angie.

—Me siento muy tonto —dijo mientras intentaba sonreír.

—Por favor —intervino Diandra—, déjala en la mesa, Eric.

Desató la funda como si le fuera a morder y colocó una Ruger del 38 encima del sobre de papel manila.

Le miré un tanto confuso. Eric Gault tenía tanto que ver con las armas como el caviar con los frankfurts.

Se sentó junto a Diandra.

—Últimamente estamos algo tensos.

—¿Por qué?

Diandra suspiró.

—Señor Kenzie, señorita Gennaro, soy psiquiatra. Doy clases en Bryce dos días a la semana, y también ejerzo como consejera para profesores y alumnos, todo ello sin desatender mi práctica extrauniversitaria. En mi trabajo te puede caer de todo: clientes peligrosos, pacientes que pueden sufrir episodios psicóticos en un despacho diminuto a solas contigo, esquizofrénicos paranoicos capaces de hacerse con la dirección de tu domicilio particular... Hay que vivir con el miedo a todo eso, y supongo que te haces a la idea de que tarde o temprano te acabará pasando algo. Pero esto... —contempló el sobre que había en la mesa que nos separaba—. Esto es...

—¿Por qué no intenta explicarnos cómo empezó «esto»? —le pregunté.

Se reclinó en el sofá y cerró los ojos un instante. Eric le puso una mano en el hombro. Ella negó con la cabeza, sin abrir los ojos, y él

retiró la mano, la dejó sobre su propia rodilla y se la quedó mirando como si no supiera muy bien cómo había ido a parar allí.

—Una mañana, mientras estaba en Bryce, vino a verme una estudiante. O, al menos, alguien que dijo serlo.

—¿Había algún motivo para dudarlo? —preguntó Angie.

—En ese momento, no. Tenía un carné de estudiante. —Dian-dra abrió los ojos—. Pero cuando hice algunas comprobaciones, resultó que no figuraba en los archivos.

—¿Cómo se llamaba esa persona? —intervine.

—Moirá Kenzie.

Observé a Angie y ella levantó una ceja.

—Mire, señor Kenzie, cuando Eric pronunció su nombre di un respingo, pues pensé que tal vez tuviera usted alguna relación con esa chica.

Consideré la cuestión. Kenzie no es un apellido demasiado común que digamos. Incluso en Irlanda no hay más que unos cuantos Kenzie por la zona de Dublín y algunos más repartidos cerca del Ulster. Dadas la crueldad y la violencia que anidaba en el corazón de mi padre y sus hermanos, puede que no fuera tan malo que la familia acabara extinguiéndose.

—Ha dicho que Moira Kenzie era una chica, ¿no?

—¿Y?

—Pues que debía de ser joven.

—Diecinueve años, puede que veinte.

Negué con la cabeza.

—Entonces no, no sé quién es, doctora Warren. La única Moira Kenzie que conozco es una prima de mi difunto padre. Tiene más de sesenta años y no ha salido de Vancouver durante los últimos veinte.

Dian-dra asintió. De manera seca, amarga. Y sus pupilas parecieron empequeñecerse.

—Pues entonces...

—Doctora Warren —dije—, ¿qué ocurrió cuando vio a Moira Kenzie?

Frunció los labios y observó a Eric; acto seguido desvió la mirada hacia el pesado ventilador que había en el techo, justo encima de ella. Soltó lentamente el aire por la boca y en ese momento supe que había decidido confiar en nosotros.

—Moira dijo que era la novia de un hombre llamado Hurlihy.

—¿Kevin Hurlihy? —preguntó Angie.

La piel dorada de Diandra Warren había empalidecido en el último minuto. Asintió.

Angie me miró y volvió a enarcar las cejas.

—¿Le conocéis? —preguntó Eric.

—Desgraciadamente, sí —repuse—. Conocemos a Kevin.

—Kevin Hurlihy creció con nosotros. Es un tío con pinta de bobo, un pandillero alto y cuadrado cuyo peinado parece que lo consiga metiendo la cabeza en el retrete y tirando de la cadena. Cuando tenía doce años, le extirparon exitosamente de la garganta un tumor cancerígeno. Pero tras la operación se le quedó una voz cascada y aguda que recuerda los quejidos perpetuos de una adolescente. Lleva unas gafas de culo de vaso con las que sus ojos parecen los de un sapo y viste con la elegancia del acordeonista de una banda de polcas. Es la mano derecha de Jack Rouse, que es quien dirige la mafia irlandesa de esta ciudad, y aunque su voz y su aspecto muevan a la hilaridad, la verdad es que Kevin no hace ninguna gracia.

—¿Qué ocurrió? —insistió Angie.

Diandra levantó la vista hacia el techo y la piel de la garganta empezó a temblarle.

—Moira me dijo que tenía miedo de Kevin. Me contó que la seguía a todas partes, que la obligaba a mirar mientras él lo hacía con otras mujeres, que la obligaba a mantener relaciones con colegas suyos, que zurraba a cualquiera que la mirara aunque sólo fuera por casualidad y... —Tragó saliva y Eric se arriesgó a poner una mano encima de la suya—. Luego me contó que había tenido una relación con un individuo y que Kevin se había enterado y... que se cargó al tipo y lo enterró en Somerville. Me suplicó que la ayudara. Ella...

—¿Por qué recurrió a usted? —la interrumpí.

Se pasó la mano por el ojo izquierdo y luego encendió un largo cigarrillo blanco con la antigualla esa en forma de mechero. Por asustada que estuviera, sus manos apenas mostraban un ligero temblor.

—Kevin... —dijo como si esa palabra tuviera un gusto amargo—. Kevin me llamó a las cuatro de la madrugada. Cuando el teléfono suena a esas horas, ¿saben cómo se siente uno?

—Desorientado, confuso, solo y aterrorizado. Tal como un tipo como Kevin Hurlihy quiere que se sienta.

—Me dijo cosas muy desagradables, como: «¿Qué se siente al saber que sólo te queda una semana de vida, eh, guarra inútil?».

Sí, muy propio de Kevin. Al tío le sobraba clase.

Diandra inhaló el humo con un siseo.

—¿Cuándo recibió esa llamada? —le pregunté.

—Hace tres semanas.

—¿Tres semanas? —se sorprendió Angie.

—Sí. Traté de ignorarle. Llamé a la policía, pero me dijeron que no podían hacer nada porque no tenía pruebas de que fuera Kevin quien me telefoneó.

Se pasó una mano por el pelo, se ovilló aún más en el sofá y se nos quedó mirando.

—Cuando habló con la policía, ¿mencionó lo del cuerpo enterrado en Somerville? —le pregunté.

—No.

—Bien —dijo Angie.

—¿Por qué ha esperado tanto para pedir ayuda?

Se inclinó sobre la mesa y deslizó el sobre de papel manila bajo la pistola de Eric. Se lo entregó a Angie, quien lo abrió y sacó de su interior una fotografía en blanco y negro. La contempló y luego me la pasó a mí.

El joven de la foto aparentaba unos veinte años: bien parecido, con el pelo rubio y largo y una barba de dos días. Llevaba tejanos rasgados a la altura de las rodillas, una camiseta debajo de una cami-

sa de franela desabrochada y una chaqueta de cuero negro. El uniforme del universitario alternativo. Llevaba un cuaderno bajo el brazo y caminaba ante un muro de ladrillos. No parecía consciente de estar siendo inmortalizado.

—Mi hijo, Jason —explicó Diandra—. Está en segundo curso en Bryce. Ese edificio es la esquina de la biblioteca de la universidad. La fotografía llegó ayer por correo ordinario.

—¿Alguna nota?

Negó con la cabeza.

—Lo único que hay —intervino Eric— es el nombre y la dirección de Diandra en la parte delantera del sobre. Nada más.

—Hace dos días —prosiguió Diandra—, cuando Jason vino a pasar el fin de semana, oí como explicaba a un amigo por teléfono que no conseguía quitarse de encima la impresión de que alguien le estaba acosando. Acoso. Ése fue el término que empleó. —Señaló la foto con el cigarrillo y el temblor de la mano se hizo más evidente—. A la mañana siguiente, llegó eso.

Volví a mirar la foto. La típica advertencia mafiosa: puede que sepas algo sobre nosotros, pero nosotros lo sabemos todo de ti.

—No he vuelto a ver a Moira Kenzie desde aquel día. No estaba matriculada en Bryce, el número de teléfono que me dio correspondía a un restaurante chino y no figura en ningún listín telefónico local. Pero, en cualquier caso, vino a verme. Y ahora tengo esto en mi vida. Y no sé por qué. Dios...

Se golpeó los muslos con las manos y cerró los ojos. Cuando los abrió, todo el valor que debía de haber acumulado hasta el momento se desvaneció. Su aspecto revelaba el terror que sentía y lo precarios que se le antojaban los muros tras los que nos protegemos en esta vida.

Miré a Eric, que tenía cogida la mano de Diandra, y traté de lumbrar cuál era su relación. Nunca le he visto con mujeres y siempre di por sentado que era homosexual. Lo sea o no, hace diez años que le conozco y jamás me ha comentado que tuviera un hijo.

—¿Quién es el padre de Jason? —pregunté.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Cuando un adolescente está en peligro —explicó Angie— hay que tener en cuenta el tema de la custodia.

Diandra y Eric negaron con la cabeza al unísono.

—Diandra lleva casi veinte años divorciada —dijo Eric—. Y su ex marido mantiene una relación amigable, aunque distante, con Jason.

—Necesito saber cómo se llama —insistí.

—Stanley Timpson —contestó Diandra.

—¿Stan Timpson, el fiscal del distrito del condado de Suffolk? Asintió.

—Doctora Warren —dijo Angie—, dado que su ex marido es el más alto representante de la ley en esta comunidad, damos por sentado que...

—No. —Diandra negó con la cabeza—. La mayoría de la gente ni siquiera sabe que estuvimos casados. Stanley tiene otra esposa, y otros tres hijos, y el contacto que mantiene conmigo y con Jason es mínimo. Créanme, esto no tiene nada que ver con él.

Miré a Eric.

—Tiene razón —aseguró—. Jason lleva el apellido de Diandra, no el de Stan, y la relación con su padre se limita a recibir una llamada por su cumpleaños o una tarjeta de Navidad.

—¿Me ayudarán? —suplicó Diandra.

Angie y yo nos miramos mutuamente. Codearse con gente como Kevin Hurlihy y su jefe, Jack Rouse, no es algo que se nos antoje excesivamente saludable. Y ahora nos estaban pidiendo que nos acercáramos a la mesa en que cenaban para pedirles que dejaran de molestar a una clienta nuestra. Qué divertido. Aceptar el caso de Diandra Warren equivaldría prácticamente al suicidio.

Angie me leyó el pensamiento.

—¿Acaso piensas vivir eternamente?

Mientras salíamos de Lewis Wharf y subíamos andando por Comercial, ese esquizofrénico otoño de Nueva Inglaterra había convertido una mañana horrenda en una tarde gloriosa. Cuando me levanté, soplabla una brisa tan fría y desagradable que parecía el aliento de un dios puritano colándose por las rendijas de las ventanas. El cielo exhibía la dureza y la palidez del cuero, y la gente que se dirigía hacia sus coches por la avenida caminaba atrincherada tras gruesos chaquetones y enormes jerséis, lanzando bocanadas de vaho.

Cuando salí de mi apartamento, la temperatura había superado los diez grados, y el sol desvaído, intentando apartar la espesa sábana celestial, parecía una naranja en el fondo de una laguna helada.

Mientras caminaba por Lewis Wharf en dirección al apartamento de Diandra Warren, me quité la chaqueta porque finalmente el sol se había hecho notar, y ahora, mientras regresábamos al barrio, el termómetro se acercaba a los veinte grados.

Dejamos atrás Copp's Hill mientras la suave brisa proveniente del puerto acariciaba los árboles que dominaban la colina y hacía flotar las rojas hojas muertas, que acababan reposando sobre la piedra o la hierba. A nuestra derecha, la extensión de muelles y embarcaderos brillaba a la luz del sol; y a nuestra izquierda, los ladrillos marrones, rojos y crema del extremo norte anunciaban suelos de baldosas, puertas abiertas y olores de salsas espesas, ajo y pan recién horneado.

—No hay quien odie esta ciudad en un día así —dijo Angie.

—Es imposible.

Se cogió con una mano el pelo que le caía por la espalda y lo convirtió en una cola de caballo mientras enfocaba la cabeza hacia la ventanilla abierta del coche para que el sol le diera en la cara y en el cuello. Viéndola con los ojos cerrados y esa mueca en los labios, casi tuve la impresión de que estaba completamente recuperada.

Pero no lo estaba. Después de abandonar a Phil, su marido, al que dejó tirado en el porche de casa, sangrando, en pago por haberla intentado zurrar demasiadas veces, Angie pasó el invierno incapaz de concentrarse en nada durante más de cinco minutos y saliendo con una serie de tíos que acabaron rascándose la cabeza estupefactos cuando ella los abandonaba para pasar al siguiente.

Como nunca he sido un modelo de virtudes morales, no podía decirle gran cosa al respecto sin parecer un hipócrita, pero a principios de la primavera mi socia dio señales de haber tocado fondo. Dejó de traerse a casa cuerpos calentitos y empezó a participar activamente en nuestros casos. Hasta arregló un poco su apartamento, aunque eso para Angie quiere decir que limpió el horno y compró una escoba. Pero seguía sin ser plenamente ella.

Se mostraba más tranquila y menos chinchosa. Me llamaba por teléfono o se presentaba en mi casa a horas intempestivas para comentar la jornada que acabábamos de compartir. También aseguraba que hacía meses que no veía a Phil, pero, por algún motivo que no alcanzo a explicarme del todo, no me lo acababa de creer.

A todo esto había que sumarle el hecho de que yo, por segunda vez en todos los años que hace que nos conocemos, no siempre podía ponerme a su disposición. Desde julio, cuando conocí a Grace Cole, había estado pasando días y noches enteros con ella, a veces hasta fines de semana, a la menor oportunidad. En ocasiones me toca hacer de canguro de Mae, la hija de Grace, por lo que a menudo estoy fuera del alcance de mi socia, a no ser que se produzca una emergencia. No era algo para lo que estuviéramos preparados ninguno de los dos, pues, como dijo Angie en cierta ocasión: «Es más

fácil ver a un negro en una película de Woody Allen que a Patrick en una relación seria».

Me pilló mirándola ante un semáforo; abrió los ojos de par en par y me devolvió la mirada, con una sonrisita en los labios.

—¿Ya estás otra vez preocupándote por mí, Kenzie?

Mi socia, la adivina.

—Simple supervisión, Gennaro. Un tic sexista, nada más.

—Te conozco, Patrick. —Apartó el rostro de la ventanilla—. Si-gues haciendo de hermano mayor.

—¿Y?

—Y —dijo pasándome los dedos por la mejilla— ya va siendo hora de que lo dejes.

Le saqué un pelito del ojo justo antes de que el semáforo se pusiera en verde.

—Ni hablar —le dije.

Nos quedamos en su casa lo suficiente como para que ella se cambiara de ropa, y se embutiera en unos tejanos cortados, y para que yo sacara del frigorífico dos botellas de Rolling Rock. Luego nos sentamos en el porche trasero a escuchar el ruido que hacían las camisas del vecino en el tendedero y a disfrutar de la brisa.

Se reclinó, apoyada en los codos, estiró las piernas y dijo:

—Parece que, de repente, nos ha caído un caso.

—Pues sí —contesté mirando sus suaves piernas aceitunadas y sus pantalones cortos desteñidos.

Puede que en este mundo no haya mucho de lo que alegrarse, pero muéstrame a alguien al que no le gusten los vaqueros recortados y lo tildaré de lunático.

—¿Alguna idea para hincarle el diente? —preguntó Angie. Y acto seguido añadió—: Y deja de mirarme las piernas, pervertido. Ahora eres prácticamente un hombre casado.

Me encogí de hombros, me recliné en el asiento y me quedé mirando un cielo de mármol brillante.

—No sé muy bien por dónde tirar —dije—. ¿Sabes qué es lo que me molesta?

—¿Aparte de la música de los ascensores, la teletienda y el acento de los de Nueva Jersey?

—Me refiero a este caso.

—Cuéntame, te lo ruego.

—¿A qué viene el nombre de Moira Kenzie? Seguro que es falso, eso es lo más probable, pero... ¿por qué mi apellido?

—Hay una cosa llamada coincidencia de la que tal vez hayas oído hablar. Es cuando...

—Vale. Hay algo más.

—¿A saber?

—¿A ti te parece que Kevin Hurlihy es de los que se echan novia?

—La verdad es que no. Pero no es menos cierto que hace años que no sabemos nada de él.

—Aun así...

—¿Quién sabe? He conocido a un montón de tíos raros y feos que tenían unas mujeres preciosas, y viceversa.

—Pero Kevin es más que raro. Es un sádico.

—Como la mayoría de los boxeadores profesionales. Y siempre los ves con mujeres.

Me encogí de hombros.

—Pues sí. Vale. Pero ¿qué hacemos con Kevin?

—Y con Jack Rouse —añadió Angie.

—Unos tipos muy peligrosos.

—Mucho.

—¿Y quién se las tiene que ver a diario con gente peligrosa?

—Nosotros no, desde luego —sentenció Angie.

—No —añadí yo—. Porque somos unos cobardicas.

—Y orgullosos de serlo —remachó mi socia—. Lo cual nos lleva... —Giró la cabeza y se puso a bizquear a causa del sol para poder verme—. ¿No estarás pensando en...?

—Exactamente.